NO HAY VIDA MAS QUE EN PARIS.

Comedia en dos actos, en verso,

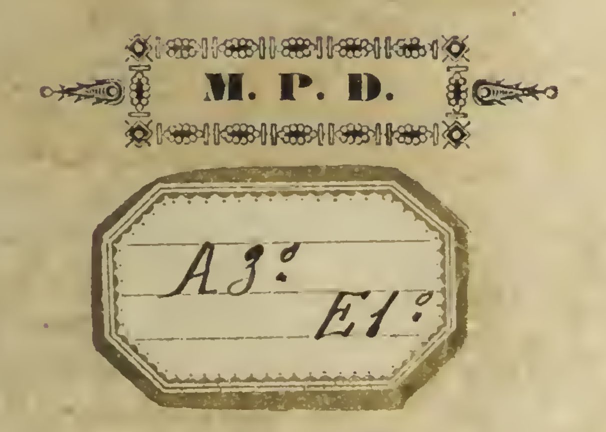
ORIGINAL DE

D. ENRIQUE PEREZ ESCRICH

Y

D. MANUEL CASCAROSA Y RIBELLES.





MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Febrero 1856.

PERSONAS.

DOÑA RAMONA.
DOÑA JULIANA.
OCTAVIA, *conocida por el nombre de Leffiere.*
DON CAYETANO.
DON NICOLÁS.
DON MARTIN.
DON GASPAR.
UN COMISARIO.
UN CRIADO.

La escena pasa en Madrid, en casa de don Cayetano, año 185...

ACTO PRIMERO.

Sala regularmente adornada. Puerta al fondo; dos laterales que darán entrada á otros cuartos.

ESCENA PRIMERA.

DON CAYETANO *y su esposa* DOÑA RAMONA, *aparecerán sentados en unos sillones.*

Cayetano. Muy bien; soy impertinente,
y si se quiere un matraca,
raro, caprichoso, antiguo,
y que ya no me hacen gracia
las costumbres que no llevan
el sello de inveteradas;
mas te equivocas muy mucho,
y es tan verdad, por desgracia,
cuanto digo, que tú misma
lo conocerás mañana
cuando llegue nuestro hijo.

Ramona. Pobre Martin de mi alma!
nada complace á tu padre!
ni por mucho que adelantas,
y por mas que he procurado
tu educacion esmerada,
tanto tú como tu madre
jamás merecemos...

Cayetano. Calla
por Dios, de una vez, Ramona,
ó habla al menos con sustancia:

quiero decir, me comprendes,
que segun leo en las cartas
de nuestro hijo Martin,
todo lo que aprendió en Francia
se reduce á cuatro bailes;
el rigodon, contradanza,
eso que llaman la polka;
á cantar el duo, el ária,
saber tirar el florete,
y la pistola y la espada;
chapurrear el francés
y ponerse la corbata;
en cambio el chico escribia
muy correcto y con gramática;
tenia bien inculcados
los principios que Dios manda,
y al lado de don Anselmo
fuera un mozo de esperanza.

Ramona. Muy buen maestro has nombrado.

Cayetano. Lo que puede la ignorancia!
No lo conoces tú misma,
que el lenguaje de sus cartas
es hoy un batiburrillo,
mejor dicho, una ensalada,
llenas de mil terminachos
que estarán muy bien en Francia,
pero que nunca existieron
en la lengua castellana?
Diré mas: estoy seguro
que no has comprendido nada
de cuanto él dice en su última;
y si no, veamos: sácala.

Ramona. Como no estás al corriente
del lenguaje de elegancia,
quieres juzgar por tí mismo
lo que á los demás les pasa,
y eres tú el equivocado.

Cayetano. Bien está; veamos la carta.

Ramona. Siento no tenerla aquí;
pero no ha de tardar nada
en traerla Julianita.
La llevó anoche á su casa

para enseñarla á su esposo:
ese sí que se entusiasma
cuando recibe el correo,
y como él dice, la mala.
Eso se llama un buen padre!
Vaya, se le cae la baba
cuando de París le escriben
lo que su niña adelanta.

Cayetano. Bien, convenido, Ramona;
no prosigas, pues la falta
que en mi ausencia cometiste
te la tengo perdonada,
que no fué mal exabrupto:
trasladar á mi hijo á Francia,
cuando yo le suponia
estudiando en Salamanca!
y todo por el consejo
de ese par de calabazas
que ni siquiera le han visto,
y ni aun saben si le adapta
morar en pais estraño!
Vamos, mujer, calla, calla.
Harto sufro, cuando vienen
á incomodarme á mi casa
entes de tal catadura,
despreciables... qué desgracia!...
Un matrimonio de un siglo,
sin tener una migaja
de juicio! ¡¡Nicolasita!!...
Y cuando su hija le llama
mi admirable Colin?... Buf!...
no hables mas de sus cartas.

Ramona. Calla, por Dios, Cayetano:
cómo ignoras que allá en Francia
varían mucho los nombres,
pues Nicolás en España,
Colin se dice en francés.

Cayetano. Yo le llamo cataplasma,
que te ha sacado de quicio
y ha perturbado mi casa.

Ramona. Cayetano, eres injusto,

pues son gentes muy honradas;
de otro modo, jamás yo
les hubiera dado entrada.

Cayetano. Yo no les toco su honra,
serán personas muy santas;
pero cualquiera conoce
que no está su juicio en caja.
Un hombre mayor que yo,
y que de sesenta pasa,
no pensar en otra cosa
desde que deja la cama
que en colocarse los dientes,
la peluca y la casaca,
y las botas de charol!
y si con cualquiera habla,
solo de modas se ocupa,
de teatros, bailes de máscara;
si la funcion del Liceo
le pareció buena ó mala;
si han ajustado á un tenor
que viene de allá de Italia,
y otras mil majaderías
que me espeluznan y aplastan;
en vez de ocuparse el necio
de los asuntos de casa
y de educar á su niña
á su vista, aquí en España,
en poder de una parienta
deja abandonada en Francia,
y en la edad mas peligrosa...
Veinte años! pobre muchacha!
Y su madre que consiente...
si es otra tal la Juliana.

Ramona. Hombre, dile Julianita,
ya has visto que le dá rabia...

Cayetano. Esta es otra: oh digna esposa
de ese viejo tarambana!

ESCENA II.

DICHOS. DON NICOLÁS.

Nicolás. Puedo pasar?...
Ramona. Pase usté.
Nicolás. Dispénseme, Ramoncita,
si vengo aquí de visita
en trage de negligé.
Como salí tan temprano
de casa...
Ramona. De cualquier modo
viene usted bien.
Nicolás. Oh! con todo.
Amigo don Cayetano,
lo mismo á usted le repito.
Cayetano. No me he fijado; de qué?...
Nicolás. Que vengo cual usted ve.
Cayetano. Qué mas dá? me importa un pito.
Nicolás. Siempre usted sin etiqueta,
tan franco, tan á la llana...
Cayetano. Qué salida de pabana!
no recibo á usté en chaqueta?
qué encuentra en eso de mal?
Nicolás. Nada...
Cayetano. (Qué pedante...)
Nicolás. (*A Ramona.*) (Frita
la contemplo á usté, amiguita,
al lado de este animal.)
Ramona. Y Julianita?
Nicolás. Allí en casa
estará, sí, podrá ser...
No la he visto desde ayer;
pues, á veces se nos pasa
un dia y otro, un monton...
Ramona. Sin verse?...
Nicolás. Ni por asomo:
mando con el mayordomo
un recado de atencion.
Cayetano. No habitan ustedes juntos
una casa?
Nicolás. Sí, el hotel:

pero soy hombre muy fiel,
y no falto en ciertos puntos
que estan en moda en París:
cada cual, allá en su cuarto,
pues; no se encuentra usted harto
de estar siempre *«vis á vis?»*

Cayetano. Hombre, no entiendo á usted coma,
hable el español bien claro.

Nicolás. Que no me comprende? es raro;
esto lo dice de broma.

Cayetano. (Si habrá creido este necio
que yo soy otro farsante?)

Nicolás. Mi decir es elegante,
no es verdad?

Ramona. No tiene precio.

Cayetano. Mi señor don Nicolás...

Nicolás. (Qué prosáico es este hombre!)

Cayetano. No estrañe usted que me asombre
su lenguaje: años atrás,
siendo usted mas jóven, pues,
hablaba bien castellano
como todo ciudadano,
y no el hispano-francés.

Nicolás. No sé por qué usted lo estraña:
este siglo ha adelantado!...
yo tambien he viajado...
un mes por fuera de España.

Cayetano. (Uf... y qué hombre! me revienta!
no he visto mas petulancia.)

Nicolás. Cuando dejé á mi hija en Francia
en casa de mi parienta:
ya usted ve que en este suelo,
y en círculo tan estrecho...
hoy ya toma un Dó de pecho.

Cayetano. No deja de ser consuelo
para un padre.

Nicolás. Oh, si lo es!
No hay cosa como París;
y en el baile, la schottishs
sabe ya y el polonés.
Justamente traigo aquí,
y voy á usted á leer

lo que en la mala de ayer
dice mi prima.

Ramona. Sí, sí.

Nicolás. (*Leyendo.*) «Caro Nicolasito:
»Llena de admiracion, mas que estasiada,
»á referirte voy los adelantos
»de Octavia, que son tantos,
»que llegarán muy pronto al infinito.
»Apenas acabó con los solfeos
»y las doce lecciones de Rubini,
»sin gastar mas rodeos,
»tomó su buen maestro iniciativa
»con *il aria chiamata*, *Casta Diva*;
»pero admira su oido:
»con solo todo el mes que va pasado
»ha aprendido el andante y recitado,
»y si en su estudio aprieta,
»no tardará en saber la cabaletta.
»Monta como Abrillon y el mismo Paul,
»y vuela en la carrera,
»cual astro bello al recorrer la esfera.
»Nada le queda que aprender del baile,
»de la esgrima y del tiro de pistola;
»y quépate el orgullo y fantasía,
»que el dia en que la Octavia vuelva á esa,
»no admirarás en ella á una española,
»sí á tu niña cortada á la francesa.»

Cayetano. Y allí aprenden las mozuelas
á rezar, coser, bordar...

Nicolás. Tambien suelen dedicar
un rato á esas bagatelas.

Ramona. Ves, querido Cayetano,
y qué dereccion tan sabia?

Nicolás. Con el tiempo mi hija Octavia
será toda una soprano.

Ramona. Una notabilidad.

Cayetano. Como lo es su padre.

Nicolás. Aprecio...

Cayetano. (Contigo y con ese necio,
pobre de la sociedad!
Para qué mayor langosta!...)

Nicolás. Con que usted decidió al fin

la venida de Martin?

Cayetano. Sí.
Ramona. Hoy llegará en la posta.
Nicolás. Bravo, bravo! con que hoy...
Ramona. Allá para el mediodia.
Nicolás. Estoy loco de alegría:
á recibirle me voy.
Cayetano. (Qué cabeza de alcornoque!)
Sin conocer á mi hijo...
Nicolás. Viene de Francia? estoy fijo,
no hay miedo que le equivoque.
Ramona. Nosotros vamos despues;
espere usted.
Cayetano. (Majaderó.)
Nicolás. Ya tengo yo un compañero
Con quien hablar el francés.
(*Vase corriendo cantando la Marsellesa.*)

ESCENA III.

DON CAYETANO. DOÑA RAMONA.

Cayetano. Yo quiero que reflexiones,
Ramona, y si es bueno el trato
con ese ente mentecato,
soy un necio de los nones;
y no encuentro el mayor mal
en sus sandeces de momo,
sino en que no tiene asomo
de religion ni moral.
A eso llama bagatelas
el raquítico vejete!
No sé cómo de un moquete
le dejé dientes ni muelas.
Ramona. Yo conozco, Cayetano,
que es un hombre fantasmon,
mas tocante al corazon,
no dudes, le tiene sano:
tanto él como su esposa,
sin que lo tomes á risa,
dan limosnas, van á misa
con devocion religiosa.

Cayetano. Ramona, yo me confundo
de oir tantos barbarismos.
Ramona. Todos, y nosotros mismos,
tenemos flaco en el mundo;
á él le dió por la elegancia,
á tí por ir á tu anchura;
tú ries de su figura,
pues él de tu estravagancia.
Cayetano. Me llamas estravagante,
todo porque no me apaño
á los sesenta y un año?...
Anda, mujer ignorante!
antes alabé tu juicio,
tu compostura y buen porte,
mas los aires de la corte
ya te han sacado de quicio;
y gracias que el desvarío
llegué á conocer al fin,
que si no, pobre Martin!
nunca el remedio es tardío:
además, tú no conoces
que pronto bajaré al hoyo,
y al faltarme vuestro apoyo
no me restan otros goces?
Tenemos salud cumplida,
comodidades, riqueza:
quién aspira á mas grandeza
en esta mísera vida?
Junto con vosotros dos,
sin ningun pesar ni duelo,
allá en nuestro natal suelo
bendecirémos á Dios.
Ramona. Tambien con tan dulces lazos
esa vida me embelesa,
que soy, cual tú, aragonesa.
Cayetano. Bien, así; ven á mis brazos. (*Se abrazan.*)

ESCENA IV.

DICHOS. DOÑA JULIANA, *que los sorprende.*

Juliána. Qué prosáicos! yo me espanto!!

estan como dos amantes!

Cayetano. No es lo mismo ahora que antes;
ya quisiera usté otro tanto.

Juliana. Caricias propias de boda
en un vetusto marido!

Cayetano. Dispense usted, no he caido
en que ya no estan en moda.
(Su moralidad me encanta:
gracias á que queda poco.)

Juliana. Tu esposo se ha vuelto loco.

Cayetano. (Pues, y era esta la santa:
juro sacarla de tino.)

Juliana. Y hoy debe llegar por fin
tu hijo?

Ramona. Sí, mi Martin.

Juliana. Y no sales al camino?

Ramona. Esperamos el carruaje
ahora mismo.

Juliana. Para qué?...
ahí está el mio.

Ramona. Y tú?

Juliana. Ya iré
tambien.

Cayetano. (Ba! ya está el mensage
completo.)

Juliana. Y usted, no viene?

Cayetano. Yo iré mas tarde en el coche.
No lo tome usté á reproche,
doña Juliana. (Que pene.)

(*Doña Ramona dá un fuerte tiron al brazo de su esposo.*)

Juliana. Y hemos de ir solas las dos?
Qué poco amable, es verdad?

Cayetano. Psi... las señoras de edad
y de estado...

Ramona. (Hombre, por Dios.)

Cayetano. Además, que en el camino
espera don Nicolás.

Juliana. Mi esposo?...

Cayetano. El mismo.

Juliana. Quizás!
Ya ves, y qué hombre tan fino;
no hay voces con que alabarle:

él la llegada de tu hijo
indagó, y su afan prolijo
no cesará hasta encontrarle.

Ramona. Mucho que sí.

Juliana. Ciertos toques,
por mas que á muchos no gustan,
en pais alguno se incrustan
como en Francia.

Cayetano. (Habrá alcornoques.)

Ramona. Voy á ponerme un sombrero;
dispensa por un momento. (*Vase.*)

Juliana. No tardes mucho. (Que siento
hablar á este majadero.)

ESCENA V.

DON CAYETANO. DOÑA JULIANA.

Juliana. No ha estado usted inspirado,
amigo, en esta medida.

Cayetano. No sé en qué?...

Juliana. Pues, la venida
de Martin: tal vez pasado
algun tiempo, opino yo
fuera un muchacho cumplido,
como dice mi marido.
Todo un hombre *come il faut.*
Un ejemplo en mi hija Octavia
le presento á usté á la vista,
que saldrá toda una artista,
una mujer, una sabia.
No ha visto usted cuál escribe?...
tal, que habrá muy pocos vates...

Cayetano. Una ensarta de dislates...

Juliana. Dislates!

Cayetano. Bien se concibe.

Juliana. Dislate á la ciencia llama?...
Y es usted quien ha nacido
en un siglo tan lucido...
siglo del progreso y fama!...
En el siglo diez y nueve!

Cayetano. Quién lo duda? y en verdad,

sere una especialidad;
pero á mí nada me mueve,
y padecemos error.

Juliana. No tal!...

Cayetano. Estoy convencido,
porque usté y yo hemos nacido,
no en este, en el anterior.

Juliana. Suponerme tanta edad!...
qué insolente! qué sofoco!...

Cayetano. Es cuestion que importa poco
la de nuestra antigüedad.

Juliana. Igual pensaba mi esposo
antes de estar en París;
pasó allí un mes, y en un tris
ya usted ve...

Cayetano. (Haciendo el oso...)
Yo muy poco he viajado.

Juliana. Se conoce.

Cayetano. Y aunque hubiera
corrido toda la esfera,
no me hubiese trasformado.

Juliana. Este mundo yo bien sé
que está lleno de opiniones.

Cayetano. Mas yo tengo mis razones
en no opinar como usté;
y si yo hubiera entendido,
ó mi esposa consultado
el tal viaje, de mi lado
jamás hubiese salido.

Juliana. Usted debiera pensar
de diferente manera,
si educado no estuviera
en un pequeño lugar.
Las costumbres á la vez
son allí toscas, groseras;
al fin y al cabo maneras
propias de gente soez..

Cayetano. Está usted en otro error,
y en prueba mi educacion,
cuando le presto atencion
á tamaño disfavor;
que otras que habitan en cortes,

prudentes en sumo grado,
ya le hubieran á usted dado,
y á su esposo, pasaportes.

Juliana. Me despide de su casa!...
Qué grosero!... Qué animal!...
Socorro!... que me dá el mal!
(*Se deja caer sobre un sillon.*)

ESCENA VI.

DICHOS. DOÑA RAMONA. EL CRIADO *que saldrá con agua y un pomito al llamarle doña Ramona.*

Ramona. Qué es esto? qué es lo que pasa?...
Cayetano. Qué ha de ser! se insolentó...
y harto de sufrir, par diez,
me trató hasta de soez.
Juliana. Ramona, me despidió!!! (*Con voz ahogada.*)
Ramona. Traedme vinagre al instante,
un vaso de agua, el pomito!
No te pasa?...
Juliana. (*Se incorpora un poco.*) Ay!!!!
Cayetano. Qué grito!!
Ramona. Cayetano!!...
Juliana. Intolerante!!!...
Ramona. Otra vez la convulsion!!...
Conducidla así á mi alcoba.
(*Doña Juliana se deja caer de nuevo, y el criado la conduce al interior. Vase doña Ramona acompañando.*)

ESCENA VII.

DON CAYETANO. *A poco*, DON NICOLÁS *y* MONSIEUR LEFFIERE.

Cayetano. Sobre aguantar la joroba,
no estalló mal nubarron:
Dios quiera que pare en bien.
Pero qué es esto? qué ruido?...
Nicolás. Ya tiene aquí al bienvenido,
á su niño, al parisien.
(*Don Cayetano se queda mirando á Monsieur Leffiere con frialdad: este debe presentarse algo desfigurado á favor de una barba y unos anteojos.*)

Leffiere. (Cielos, me he puesto en un potro!)
Nicolás. No se abrazan!... qué cachaza!...
Cayetano. Qué hijo, ni qué calabaza?
Nicolás. Cómo! no es?... yo traeré otro.
(*Vase corriendo.*

ESCENA VIII.

DON CAYETANO. MONSIEUR LEFFIERE.

Leffiere. Usted me dispensará
si perturbado y atónito
me encuentro en este parage,
sin saber por qué, ni cómo.
Cayetano. Si usted, señor, no lo sabe,
con mas razon yo lo ignoro.
El nombre de usted?...
Leffiere. Monsieur
Leffiere.
Cayetano. Es un santo anónimo.
Leffiere. Hoy he llegado en la posta.
Cayetano. Toma! ya caí en el negocio:
usted ha sido la víctima
de un majadero, de un tonto.
Pues, hablaria el francés,
y sin mas guia ó barómetro
le atrapó. Me lo pensé
desde que salió hecho un corzo.
Ya le tiene aquí de nuevo.

ESCENA IX.

DICHOS. DON NICOLÁS DON MARTIN.

(*Un mozo con unas maletas pasará por la escena.*)

Nicolás. Ahora sí, no me equivoco...
Martin. Papá!...
Cayetano. Hijo mio! Martin! (*Se abrazan.*)
Nicolás. En estas escenas gozo.
Voy á traerme á la esposa
á que presencie el jolgorio. (*Vase.*)

ESCENA X.

DICHOS, *menos* DON NICOLÁS.

Martin. Y usted, amigo Leffier,
á que se adelantó, ó cómo?...
Leffiere. Ni lo sé.
Cayetano. Toma, á empujones
lo zampó aquí ese estrambótico.
Martin. Y quién es?...
Cayetano. Tiempo tendrás
de admirar ese fenómeno.
Martin. Presento á usté este amiguito,
que estará aquí con nosotros
unos dias.
Cayetano. Bien, me alegro.
Y venian ustedes solos
en el coche?
Leffiere. No señor,
que viajaba tambien otro.
Cayetano. Mucho es que no nos le trajo
don Nicolás.
Martin. Es gracioso.
Cayetano. Dejamos á usté un momento,
que mi esposa, como es propio,
querrá abrazar á su hijo;
ahora le mandaré al mozo
que coloque en su aposento
los baules.
Martin. Vuelvo pronto. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

MONSIEUR LEFFIERE *se arroja en un sillon.*

No hay duda, resolucion
fué grande; ni la de un loco;
y gracias á don Martin,
que es jóven tan generoso;
pero y ahora, qué he de hacer?...
si no hablo claro, me embrollo,
y si declaro mi nombre

ó me descubren, no hay modo,
ni aun entreveo manera
da escapar: si vuelve solo,
y antes que arrecie el peligro,
debo contárselo todo;
mas cómo saber entonces
lo que por desgracia ignoro?
Tambien el fatal acaso
de haber en el coche otro,
y ni siquiera un momento
le pude hablar. Yo conozco
que salvé el primer peligro,
pero oscuro y horroroso
me amenaza el porvenir;
pero alguien llega, y mi rostro
turbado, me compromete;
lo está revelando todo.

ESCENA XII.

MONSIEUR LEFFIERE. MARTIN.

Martin. Dispense, amigo Leffiere,
que le haya dejado solo:
en los primeros momentos
se paga un tributo al gozo
natural de la familia.
Usted estará ahora incómodo,
y muy cansado del viaje,
querrá reposar un poco.
Este es el cuarto.

Leffiere. Mil gracias.
Yo, amigo, acepté gustoso
su oferta, y pues que tan fino
se muestra, le corroboro
mi afecto, mi simpatía,
y tal vez dentro de poco
daré á usted mayores pruebas,
si me promete su apoyo
y proteccion.

Martin. Cuente siempre
con mi amistad en un todo.

Luego presentaré á usted
á mi mamá, que ya pronto
nos llamarán á la mesa.

Leffiere. Voy, pues, á quitarme el polvo
del camino. Hasta despues. (*Vase.*)

Martin. Yo tambien haré lo propio.
Si se le ofrece á usted algo,
llame sin reparo al mozo.

ESCENA XIII.

DON MARTIN.

No sé esplicar qué me pasa
con este jóven. Sus ojos
no se secaron jamás
durante al viaje, y conozco
que hay algo de estraordinario...
algun secreto... y no es tonto.
Posee algunos idiomas,
discurre como un filósofo,
y lo que mas me sorprende
es, que viaje así, solo,
siendo tan jóven; tal vez
le urja algun asunto propio.

ESCENA XIV.

DON MARTIN. DON CAYETANO.

Martin. Es usted, papá?

Cayetano. Martin!...
Dame otro abrazo! ya ves,
tanto tiempo que faltabas
de mi lado!

Martin. Yo tambien
ansiaba ya este momento.

Cayetano. Te creo con toda fé;
eres buen hijo. Y mi carta,
la verdad, te sentó bien?

Martin. Contestaré con franqueza;
yo deseaba ver á usted.

pero dejar á París
no me ha gustado.

Cayetano. Y por qué?...
No te place nuestra España,
pais que te vió nacer?...
ni estas costumbres...

Martin. Sí tal,
que yo jamás fuí francés,
á pesar de estar en Francia.

Cayetano. Así me gusta; bien, bien.

Martin. Pero...

Cayetano. Alguna francesita...
no es así, pues, acerté?...
Mejor; así curarás
de ese amorcito novel
aquí entre las españolas.

Martin. Es que aquella lo es tambien.

Cayetano. De qué familia?

Martin. Lo ignoro.

Cayetano. Y se llama?...

Martin. No lo sé
tampoco.

Cayetano. Qué, no la hablabas?...

Martin. Jamás alcancé ese bien.

Cayetano. Pues de ese modo, qué diantres
de relacion ó entremés?...
Ba, ba, ba, ba, y qué muchachos!
deja, déjala correr.
Y tu amigo?

Martin. Está en su cuarto.

Cayetano. Di, y ese mozo quién es?

Martin. Es un jóven apreciable,
y travé amistad con él
durante el camino.

Cayetano. Él tiene
sus maneras de francés,
y su nombre ó apellido
lo indica: monsieur Leffiere.
A pesar que el castellano
lo habla y pronuncia muy bien.

Martin. No es estraño, que hay franceses
que pronuncian como usted.

Cayetano. Ya vuelve ese votarate
de don Nicolás: ya ves,
un momento que gozaba,
viene á estorbármelo él:
es hombre que me revienta.

ESCENA XV.

DICHOS. DON NICOLÁS.

Nicolás. Hoy me quedo aquí á comer.
Martin. Usté es dueño.
Cayetano. (Dia cumplido.)
Nicolás. Y qué tal, se descansó?
Martin. Un poco.
Nicolás. Pues lo que es yo,
crea usted que estoy rendido.
Martin. Tuvo usted tanta bondad
en venir á nuestro encuentro!
Nicolás. Qué disparate; es mi centro:
yo busco la sociedad
de ese admirable pais
que usted ha dejado, ¡Francia!
y miro con repugnancia
al que no ha estado en París.
Cuánto, amigo, habrá gozado!
eh! qué bien se emplean las horas!
qué francesas! seductoras!...
Ooo!!...
Cayetano. (Ya me tiene cargado...)
Nicolás. Yo llevaba á retortero
valiéndome de mis tretas,
qué sé yo á cuántas grisetas...
Mire usté mi tarjetero.
(*Entrega el tarjetero.*)
Verá entre otras... la Eufemia,
una notabilidad.
Cayetano. (Un calavera de edad,
daña mas que una epidemia.)
Nicolás. Respeto la clase baja.
Las del círculo elevado
constan en lo reservado:

tuve una buena baraja:
ya cuando estemos despacio
le contaré algunas cuitas,
percances, chistes y citas...
Oh! lo que es yo no me sacio
de recordar tal eden.

Martin. Me será grato.

Nicolás. Yo quiero
tenerle por compañero;
parisien con parisien.
Hoy estará muy contento
mi amigo don Cayetano.

Cayetano. Mucho que lo estoy.

Nicolás. No en vano,
es un mozo de talento;
se conoce... Oh!... no hay cosa
como Francia; mas no cabe.

Cayetano. (Apuesto á que nada sabe
del soponcio de su esposa.)
Julianita se ha indispuesto
hace poco.

Nicolás. Cómo, aquí?...
Qué niña! siempre está así:
de los nervios por supuesto?...
Ese es su mal favorito.

Cayetano. Entre usted y la verá.

Nicolas. Para qué! le pasó ya?

Cayetano. (Tiene el seso de un mosquito...)

Nicolás. Usted la conoce?

Martin. Sí;
tuve ese honor hace poco.

Cayetano. (No hay medio de que esté loco
nos deje solos aquí.)
Me voy á ver si el tragin
cesó allá dentro.

Nicolás. Bien, bien.
Quedo con mi parisien,
con mi señor don Martin.

ESCENA XVI.

DON MARTIN. DON NICOLÁS.

Nicolás. No sabe usted, amiguito,
el gusto y satisfaccion
que he tenido, y con razon.
Martin. Gracias... Aprecio infinito...
Nicolás. Tengo en París á una hija
hace tiempo.
Martin. Sí, lo sé.
Nicolás. Pues qué, la conoce usté?
Martin. No recuerdo; y quién se fija
en tan grande poblacion?
Nicolás. Tal vez la casualidad:
concurre á la sociedad
de madame de Blanchemeson,
círculo el mas elevado.
Martin. Dándome usted mas detalles,
podré tal vez, que en Versalles
y en París la he visitado.
Nicolás. Octavia Cid de Servér
es su nombre; el de la tia,
mi parienta, Ana María
Servér de Lieux.
Martin. Podrá ser!!!
Hágame usced un retrato
ligero.
Nicolás. Buena estatura,
delgada, y una cintura
tamaña; su mirar grato,
ojos grandes, pelo negro,
tez blanca, boca pequeña...
Martin. Aun le queda á usté otra seña.
Nicolás. Pues... la conoce?... me alegro.
Martin. Tiene tambien un lunar...
Nicolás. Mucho!...
Martin. En el labio derecho
superior.
Nicolás. Sí tal, de hecho.
Martin. (Quién lo habia de pensar!)
Con que Octavia así se llama?

Nicolás. La trató usted?

Martin. No, de vista
la conozco.

Nicolás. Ella es muy lista.

Martin. (Se lo dice á quien la ama.)
En tiempo que frecuenté
dicha brillante reunion
de madame de Blanchemeson,
solí hablar á madame Lieux.

Nicolás. Sí, á mi primita hermana.

Martin. Y mi cabeza está fija
que pregunté, si era su hija
la... Octavia.

Nicolás. Jamás tuvo Ana
hijos, y como era sola,
mi niña la confié.

Martin. Y yo siempre la llamé
la buena moza española.

Nicolás. Crea, don Martin, que siento
que el tiempo en que usté ha estado
en París, no haya tratado
á Octavia.

Martin. (Bien lo lamento.)
Tal vez ya pronto vendrá,
y tendré de esa manera
el placer...

Nicolás. Yo bien quisiera,
pero aun...

Martin. Qué, tardará?...

Nicolás. Quiero que se perfeccione
en música y en montar,
pues que á caballo ha de estar
muy bien.

Martin. Sí, muy bien se pone.

Nicolás. Vamos, es mucha alegría
la que tengo.

Martin. Yo tambien
me doy justo parabien
por tan grata compañía.

Nicolás. Con que hemos simpatizado,
no es verdad?

Martin. Mucho que sí.

Nicolás. Ya lo dije para mí
antes de haberle á usté hablado.
Quién de París viene á España,
y aunque viva aquí en la corte,
no le gusta el trato y porte
con gente de otra calaña?
nuestras costumbres y vida
son diferentes.
Martin. Y tanto!
(Adoraremos al santo
por la peana...) Quién olvida
tiempos tan felices!
Nicolás. Oh!...
no es fácil, amigo mio;
pero yo pronto confio
en volver. Y usted?
Martin. Yo no.

ESCENA XVII.

DICHOS. UN CRIADO *con unas cartas.*

Criado. Señor, aquí está el correo.
Nicolás. Usted me dispensará. (*Repasa los sobres.*)
Tambien hay carta de allá.
Martin. De París?
Nicolás. Por lo que veo...
Voy corriendo á sorprender
á mi esposa, á Julianita,
á ver si así se le quita
la jaqueca. (*Vase.*)
Martin. Echó á correr.

ESCENA XVIII.

DON MARTIN. MONSIEUR LEFFIERE.

Martin. No fué mal descubrimiento
el de hoy; pero llegó tarde:
yo que malogré el momento
en París, soy un cobarde...
Leffiere. Señor don Martin, yo siento

molestarle su atencion;
pero el tiempo es muy urgente,
y si pierdo esta ocasion,
pesará á mi corazon
que otra ya no se presente.

Martin. Deplorando está ahora el mio
un instante malogrado,
y otra vez mas avisado
he de estar; mas no confio
que vuelva el tiempo pasado:
diga usted, pues, cuanto guste,
que escucho con ansiedad.

Leffiere. (Descubriré la verdad
valiéndome de un embuste.)
Ante todo, la amistad
reclamo.

Martin. Vana promesa
jamás salió de mi labio,
y una advertencia cual esa
la tomo por un agravio.

Leffiere. No, don Martin; ya me pesa
cuanto he dicho, y me desdigo,
pues que olvidé sabe Dios,
al reclamar fé de amigo,
que siempre queda al abrigo
un secreto que es de dos.
Usted ha dejado en Francia
parte de su corazon,
no es verdad?

Martin. (Tiene razon.)

Leffiere. Y á pesar de la distancia,
solo espera la ocasion
de...

Martin. Declararla mi amor.

Leffiere. (Bueno está el descubrimiento.)
Que aun ignora.

Martin. Bien lo siento!

Leffiere. Yo he de calmar el dolor
de usted.

Martin. Y cómo?...

Leffiere. Al momento.
La dama á quien usté adora

le corresponde con creces.

Martin. Será cierto?...

Leffiere. La devora
la pasion; harto la llora
y la ha llorado mil veces.

Martin. Usted la conoce?...

Leffiere. Pues!...
(A los dos la duda inquieta.)
La pregunta es muy discreta.

Martin. Su nombre? (Veremos si es
la misma.)

Leffiere. (El asunto aprieta.)
Oh!...

Martin. La primera inicial...

Leffiere. (Será cierto?)

Martin. Siga, amigo...

Leffiere. Dispense usted, no prosigo,
dí mi palabra formal.
(Si otra sílaba no ligo
la eché á perder...)

Martin. Oh dolor!...

Leffiere. No es costumbre declarar
una señora el amor:
y si usté aprecia su honor,
de hecho le toca acabar:
además, que no hay razon
porque usted oculte el nombre,
si la ama de corazon
y es lícita su pasion,
pues al fin y al cabo es hombre.

Martin. Lo diré, amigo Leffier,
que salir de dudas quiero
y hablo con un caballero.
Octavia Cid de Servér. (*Con misterio.*)

Leffiere. Pues!... (Ah dicha!)

Martin. Oh Dios! yo muero!
El gozo mi pecho llena.

Leffiere. Pero fué usted muy cobarde.

Martin. Ese es mi dolor, mi pena.

Leffiere. Quien la voz de amor refrena
siempre lo remedia tarde.

Martin. Volveré á Francia.

Leffiere. Y á qué?
Martin. A enmendar mi falta.
Leffiere. Ahora
que ya marchó esa señora
de París!
Martin. Cómo! se fué?...
Y su familia?
Leffiere. Aun lo ignora.
Martin. Usted que todo lo sabe,
es su amigo, su pariente...
Leffiere. Poco importa á usté al presente
saberlo; yo en lo que cabe,
solo soy su confidente;
además, le advierto y reto,
sin que tome usted agravio,
que cierre bien ese labio,
pues le interesa el secreto,
y al buen callar llaman sabio.
Martin. Dígame usted...
Leffiere. Nada digo.
Martin. Pero... y su padre?...
Leffiere. Chiton;
si suelta usté una espresion,
todo se acabó, mi amigo;
con que alerta y discrecion.
Martin. Una palabra, una prenda
que me calme, un solo dato...
Leffiere. (Temo que este hombre me venda.)
Está bien; siga la senda,
(*Monsieur Leffiere saca un medallon del bolsillo, y lo enseña á Martin sin soltarlo de la mano.*)
que conduce...
Martin. Su retrato!!!
(*Vase monsieur Leffiere.*)

ESCENA XIX.

DON MARTIN. DON CAYETANO. DON NICOLÁS. DOÑA RAMONA y DOÑA JULIANA *salen por la puerta de la izquierda.*

Martin. Hermosa mujer! qué esbelta
es!... Si me parece un sueño!

Cayetano. Ahora mismo?
Juliana. Es fuerte empeño!
Nicolás. Don Martin, hasta la vuelta.
Ramona. No le hacen fuerza razones.
Nicolás. Marcho á París al momento;
véngase usted.
Martin. Harto lo siento...
Nicolás. Un coronel de dragones,
el conde de la Tête Dure,
sugeto de ilustre raza,
con mi hija Octavia se enlaza:
ya ve usted que es buen albur.
Martin. Y la Octavia está conforme?
Nicolás. Lea usted. (*Entrega la carta.*)
Martin. (Qué es lo que veo!)
Nicolás. Pues no ha de estar?
Juliana. Ya lo creo!
Nicolás. Un conde!!...
Juliana. Y con uniforme!
Nicolás. No me puedo detener,
que no dá tiempo la posta.
Martin. (Toda mi dicha se agosta!)
Nicolás. Amigo, eche usté á correr;
yendo juntitos los dos
hemos de gozar...
Cayetano. (Qué loco!)
Llega de Francia ahora poco.
Nicolás. Pues hasta la vuelta, adios.
(*Vase tarareando la marsellesa.*)

ESCENA XX.

DICHOS, *menos* DON NICOLÁS.

Juliana. Esposo!... Nicolasito!
(*Desde la ventana hace señas con el pañuelo.*)
Ramona. Abur!...
Juliana. Se perdió de vista!
Ah!... (*Se cae en un sillon.*)
Ramona. Socorro!!
Cayetano. Dios me asista.
Martin. No puedo mas. (*Se deja caer en un sofá.*)

ESCENA XXI.

DICHOS. MONSIEUR LEFFIERE, *desde la puerta.*

Leffiere. Ah!!...
(*Cierra de nuevo la puerta, y se oculta.*)
Cayetano. Estoy frito!
Este hombre es genio del mal:
vaya en buen hora á París,
que ha convertido en un tris
mi casa en un hospital.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JULIANA *y* DOÑA RAMONA, *sentadas y en trage de casa.*

Ramona. Ya se encontrará, no dudes;
consuélate, amiga mia;
no ves? ella misma escribe
que vendrá.

Juliana. Y me tranquilizas
tú, Ramona, que eres madre?...
No ver ya mas á una hija
que era mi encanto, mi gloria,
mi único apoyo!...

Ramona. Descuida,
pues segun leo en sus cartas,
no han de pasar muchos dias
sin que tengas el placer
de abrazarla.

Juliana. No lo digas,
que aunque parezca, no quiero
volverla á ver en mi vida.
Ingrata! la he de meter
allá en las Arrecogidas.

Ramona. En un convento? locura!
Sepultar la pobre niña
porque cometió una falta
con disculpa! Y quién la obliga

á que se case por fuerza,
sino una estúpida tia?

Juliana. Un coronel de dragones,
y conde!! de una familia
de las primeras de Francia,
de la Tête Dure! Desperdicia
una boda de tal rango,
ilustre, superlativa...
y quieres que la perdone?...
eso jamás.

Ramona. Julianita,
en la presente ocasion
eres injusta.

Juliana. No insistas,
por Dios, Ramona; yo quiero
darle la culpa á su tia,
y aun creer lo que ella escribe,
pero apruebas su partida?
Una muchacha soltera,
sin mas resguardo ni guia
que su magin... Calla, calla!
un claustro toda su vida!

Ramona. Tú no has leido las cartas
de la tia y la sobrina
con el debido sosiego,
y como yo, á sangre fria;
y quiero que te convenzas
no es tan fiero como pintan
el leon: tú oye á ambas partes
para administrar justicia.
(*Saca la carta y lée.*)
Dice: «Querida madre:
»Un suceso, por cierto inesperado,
»me hace aceptar una medida fuerte,
»pues aprecio mi suerte
»mucho mas separada de tu lado.
»Almorzamos ayer en una quinta
»que dista unas dos leguas de París,
»y en medio del banquete,
»sorpréndeme mi tia y compromete
»á dar consentimiento,
»y palabra formal de casamiento,

»al conde de Tète Dure,
»coronel de dragones,
»sugeto de alta alcurnia;
»pero un hombre de aquellos sesentones,
»que al entregar mi mano
»hallára, no á un esposo, si á un tirano.
»Era en su propia casa,
»y en tan terrible lance,
»nada se le ocurrió á mi pobre alcance,
»pues ni aun hablar podia
»ante la faz ceñuda de mi tia.
»Despues de meditadas reflexiones,
»y visto el compromiso en que me veo,
»he tomado la silla de correo
»y escribo estos renglones,
»para que cuando llegue á tu noticia,
»no tengas mas cuidado
»respecto á mí, pues todo lo he arreglado
»de tal manera, que me harás justicia.»
Fíjate en su contenido,
y en situacion parecida
ponte tú.

Juliana. Calla, por Dios,
Ramona!

ESCENA II.

DICHAS. DON CAYETANO.

Cayetano. Vamos, albricias!
ya pareció su hija Octavia.

Ramona. Dónde, dónde está? alegría
como la que tengo! No oyes?...
tan triste y tan afligida
que estabas há poco!

Juliana. Pérfida!...
Que la alejen de mi vista.

Cayetano. Déjese de pataratas,
abrace usted á su hija,
y déle gracias á Dios
que se la devuelve.

Juliana. Inicua!!!...

Un coronel de dragones,
y conde!!!...
(*Vase acompañada de doña Ramona.*)

ESCENA III.

DON CAYETANO.

No tiene chispa
ni un átomo de cacumen
la tal doña Julianita.
Otra mujer de mas seso,
pues, evitaria la crítica
y el escándalo. Una jóven,
presa por la policía,
y á mas disfrazada de hombre!...
Qué tiempos, Vírgen Santísima!
Ella la mandó á París...
ya vendrá bien instruida.
Mas no puede tardar mucho
don Nicolás. La misiva
que le mandé, habrá llegado
antes de tomar la silla
de postas en Guadarrama;
aunque yo no le advertia...
Pero estarán esperando
el comisario y la niña:
yo me quise adelantar
para darles la noticia.

ESCENA IV.

DON CAYETANO. DON GASPAR. UN COMISARIO DE POLICÍA.

Cayetano. Pueden ustedes pasar,
si gustan. (Qué fea es la chica!)
Comisario. Usted tendrá la bondad
de enterarse de este exhorto.
(*Toma don Cayetano un pliego, y lée.*)
Cayetano. (Qué suceso! estoy absorto!)
Gaspar. Pido á usted por caridad
que cese ya este entremés.

Tengo yo facha de dama?
Comisario. Dígaselo á quien reclama;
no me importa si usted lo es.
Gaspar. Pero señor...
Comisario. Le suplico
que tenga usté á bien callar.
Gaspar. No sé en qué vendrá á parar
esto, si yo no me esplico.
Cayetano. Usted querrá hacer la entrega
bien á mí, ó á su mamá,
segun veo.
Comisario. Claro está.
Cayetano. Esa señora se niega,
por mas fuerza que le he hecho;
y en verdad que no concibo...
Comisario. Pues firme usted el recibo.
Cayetano. Es preciso?
Comisario. De derecho!
Cayetano. Y si otra vez se me esconde,
ó se escapa ó traspapela,
dígame usté, á quién se apela?
Comisario. Quien firma aquí es quien responde.
Cayetano. No quiero yo un compromiso.
Voy á ver... (Maldita vieja!
la traigo aquí de una oreja,
ó á empujones si es preciso.)
(*Sale don Cayetano de la escena, y vuelve cuando le indique el verso.*)
Gaspar. Usted conocerá ahora
que ha cometido un error:
yo soy un hombre de honor.
Comisario. Así será.
Gaspar. Esa señora
salvará mi tropelía:
tengo yo acaso que ver...
en que pueda aparecer...
Comisario. No quiero mas garantía
ni entiendo nada del cuento.
Cayetano. (Qué mujer! qué mala cabra!)
No me ha dicho otra palabra,
mas que la lleve á un convento.
Gaspar. Ya esto me abruma, me apura.

Cayetano. Usted, como autoridad,
podrá con seguridad
trasladarla á su clausura.
Comisario. Señor mio, esta medida
puede usted tomarla luego;
ahora, firme usted.
Cayetano. Por lego
me está bien: no otra en mi vida...
Ya lo firmé. (Dios me asista!)
Comisario. Mil gracias, don Cayetano.
(Aquí queda el ciudadano,
no le pierda usted de vista.) (*Vase.*)

ESCENA V.

DON CAYETANO. DON GASPAR.

Cayetano. (Está muy bien disfrazada,
no hay duda.) Siéntese usted.
Con que se cayó en la red?
Gaspar. Hombre, esta es chanza pesada.
Cayetano. Mucho que sí, sin disputa:
encerrarse en un convento!
Gaspar. Le advierto que no consiento
mas burlas.
Cayetano. (Y ella es astuta.)
Gaspar. Míreme usted esta faz,
que es bien fea.
Cayetano. (Sin lisonja,
que estará horrible de monja,
si en su cara no hay disfraz.)
Gaspar. (Me dan unas intenciones,
que de pensarlas me asusto.)
Cayetano. (No es hombre del mejor gusto
el coronel de dragones.)
Gaspar. Amigo, suplico á usté
que me preste su atencion,
ó diga por qué razon
he venido aquí, y á qué.
Cayetano. La pregunta tiene chiste,
sabiendo usted como yo
que de París se fugó,

porque no quiere y resiste
enlazarse con el conde:
su tia, que está propicia
á la boda, por justicia
reclama, cual corresponde.

Gaspar. Yo soy don Gaspar García,
y aunque no es bien que me alabe,
soy formal, y en mí no cabe...

Cayetano. Cuénteselo usté á su tia.

Gaspar. Será usted quien no se asombre,
y tan falto de talento,
que pretenda el casamiento
de un hombre con otro hombre?

Cayetano. La cuestion no está en su huella,
y logrará confundirme:
yo no intento persuadirme
si usted es él ó si es ella.
Su tia, segun yo veo,
supo por la policía
con toda certeza, el dia
de su fuga en el correo,
que fué el quince, no es así?
Eran tres á punto fijo
los viajeros: usted, mi hijo,
y ese Leffier que está aquí:
don Nicolás trató á dos
y ha sido su compañero;
claro está, pues, que el tercero
es la tal...

Gaspar. Válgame Dios!!

Cayetano. No hay duda.

Gaspar. La solucion
es muy convincente.

Cayetano. Pues!...
siendo usté uno de los tres,
no cabe equivocacion.

Gaspar. No haga conjeturas vanas,
amigo, míreme bien,
y verá usted que en mi sien
han nacido algunas canas.

Cayetano. Esa embajada á su madre,
yo estoy harto de querella.

ESCENA VI.

DICHOS. DON NICOLÁS, *que vuelve con su criado: este trae el saco de noche, que dejará en un cuarto interior, desapareciendo de la escena.*

Nicolás. Soy todo un hombre de estrella...
Cayetano. Aquí tiene usté á su padre.
Gaspar. Al primer golpe de vista
lo dirá.
Nicolás. No hierro albur...
El conde de la Tête Dure!...
No hay mejor fisonomista
en el mundo. Me fijé
por un momento en el talle...
Solo en París!!...
Cayetano. Por Dios, calle
y no disparate usté.
Gaspar. (Este al menos, me concede
la calidad de varon.)
Nicolás. Debo yo á esta espedicion
la honra de que usté se hospede
aquí... Vengan esas manos...
Gaspar. Dispénseme...
Nicolás. Tengo empeño.
Cayetano. (Y dispone como dueño
trayéndome parroquianos.)
Gaspar. Aquí junto en el *hotel*
tengo ya un cuarto...
Nicolás. Y mi hija?...
Gaspar. (Dale, bola.)
Cayetano. (No se fija
que él es ella y que no es él.)
Gaspar. Su hija... y qué?...
Nicolás. La condesita...
la esposa de usted?...
Gaspar. Qué esposa?...
no entiendo maldita cosa.
Nicolás. Quiere usted que Julianita...
Gaspar. Gracias. Beso á usted su mano. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON NICOLÁS. DON CAYETANO.

Nicolás. Ahora comprendo lo que es:
le debí hablar en francés,
no entenderá el castellano.
Monsieur le Comte, Colonel...
Pardon; Pardon... y se va!...
Cayetano. Quién lo duda?... claro está;
y que lo alcance un lebrel.
Nicolás. Y por qué se irá, y adónde?...
Cayetano. Donde le dé menos rabia;
porque el tal es su hija Octavia,
y ni es coronel, ni conde.
Harto se lo dije yo!
Nicolás. Y no he comprendido nada?...
Es una niña dotada
de una gracia, *come il faut.*
Vóime al *hotel:* me persono
antes que mude de trage...
Y ella habrá hecho el viaje
con *la Tête Dure...* Qué buen tono!
(*Vase don Nicolás corriendo.*)

ESCENA VIII.

DON CAYETANO.

No hay paciencia, no hay aguante
para tanta estupidez...
me decido de una vez,
fijo mi plan, y adelante;
así conseguiré al fin
que ningun pesar me inquiete:
allá, allá, á mi pueblo, á Oliete,
con mi Ramona y Martin.

ESCENA IX.

DON CAYETANO *dirigiéndose al cuarto de su hijo.* DON MARTIN.

Cayetano. Oye, hijo mio.
Martin. Qué ocurre?
Cayetano. En el momento te vas
á alistar los pasaportes:
hoy nos debemos marchar.
Martin. Hoy mismo? (Yo que esperaba
noticias de Octavia! ah!
tener que marchar sin verla,
sin esperanza!...)
Cayetano. No vas?
qué te detiene? te falta
algo?
Martin. No... ya voy, papá. (*Vase.*)

ESCENA X.

DOÑA RAMONA. DON CAYETANO.

Ramona. Ay, Cayetano!
Cayetano. Qué es eso?
Ramona. Oye: Julianita está
mas afligida que nunca.
Cayetano. Que llore su necedad;
poco nos importa; hoy mismo
salimos para el lugar.
Ramona. Y qué hacemos de los huéspedes?
Cayetano. Mesones y fondas hay.

ESCENA XI.

DICHOS. UN CRIADO.

Criado. Señor, espera una jóven
que busca á usted.
Cayetano. Quién será?
Dile que pase.
Ramona. Te dejo.
(Sin perjuicio de escuchar.)

ESCENA XII.

DON CAYETANO. _OCTAVIA.

Octavia. Dispense, don Cayetano,
mi visita;
usté es honrado y galante.
Cayetano. Levántese. (Y es bonita!)
Hable usted.
Octavia. En este instante
imploro su proteccion,
que afligida,
fatal porvenir me aterra...
Cayetano. Tenga usted la persuasion
que en mi vida
la negué á nadie en la tierra;
mas antes de proseguir,
segura de mi favor,
diga á quién tengo el honor
de hablar.
Octavia. (Lo habré de decir.)
Yo soy aquel caballero
que vine con don Martin.
Cayetano. Cómo?
Octavia. Óigame hasta el fin.
Cayetano. Es un hombre? ya no quiero
ver mas.
Octavia. Espere usted un poco.
Cayetano. Qué fantástica ilusion!
quién dijera que es varon!
Cielos! me volverán loco!
Octavia. Señor, soy monsieur Leffiere,
aquel jóven que hospedó
don Martin.
Cayetano. Se transformó
de un hombre que era, en mujer.
Octavia. Présteme usted atencion,
se lo vuelvo á suplicar.
Cayetano. (No resisto al ver llorar.)
Diga usted.
Octavia. Su corazon,

que es tan honrado y leal,
juzgará tal como sienta,
y aunque en mí no cupo afrenta,
conozco que obré muy mal.

Cayetano. Pero á qué ocultar su nombre?...

Octavia. Soy la Octavia.

Cayetano. No se aflija.
Ya... ya sé; usted es la hija...
(Y estaba muy bien de hombre.)

Octavia. Usted estará enterado
de mi fuga, y el motivo.

Cayetano. Como que firmé el recibo.

Ramona. (*Desde la puerta.*)
(Voy á avisar al contado
á Julianita.)

Octavia. Pues bien,
póngase usté en mi lugar,
y comprometida á dar
su mano á un hombre, con quien
no media ni aun simpatía,
y que puede, sin disputa,
ser mi abuelo.

Cayetano. Mas disfruta
una gran renta?

Octavia. A mi tia
no la ciega su fortuna.

Cayetano. Ser coronel de dragones?

Octavia. Psi... esas son condiciones
añejas, cual es su cuna
y demas; pero ese tren
no llenará la ambicion
de papá.

Cayetano. Pues, qué otro don?

Octavia. Ser francés y parisien.

Cayetano. Toma, es asunto acabado!
demas lo sabia yo:
y á usted no le gustan?

Octavia. No;
ningun francés me ha gustado.
Yo, temiendo que el asedio
me hiciera rendir al fin,
vine cuando don Martin.

y puse tierra por medio:
este es mi delito grave:
tomé una resolucion
que lastima mi opinion
para el mundo.

Cayetano. En mí no cabe
formar de usted mal concepto;
mas dígame, se lo exijo:
usted conoció á mi hijo
en París? (Soy un inépto,
debí imponerme al instante.)

Octavia. Sí, le conocí de vista.

Cayetano. Dispénseme que yo insista:
no pasó mas adelante
tan simple conocimiento?

Octavia. Le afirmo á usted, por mi fé,
que ni siquiera le hablé
una vez, hasta el momento
de encontrarnos en la posta.

Cayetano. Ya sabrá que usté es mujer?

Octavia. Para él, soy monsieur Leffiere,
y quiero que á toda costa...
no le descubra el secreto.

Cayetano. (Si no me engaña, esto es raro!)
Yo le prestaré mi amparo,
pero diga usted su objeto.

Octavia. Por mas tiempo ya no puedo
guardar incógnito aquí,
y pues que lo quiere así
mi destino, el campo cedo:
lucha fatal he sufrido,
y vencido el corazon
aprovecho la ocasion
que mi amor está dormido:
antes que pase esta calma
y sucumba á mi tormento,
lléveme usted á un convento
y hallaré paz para el alma!
Me conducirán á Francia
si me descubren.

Cayetano. No tal;
doy mi palabra formal

que no saldrá de esta estancia;
y cuando con reflexion
y con madurez debida
quiera consagrar su vida
á la santa religion,
entonces podrá elegir,
agena á toda quimera,
el convento que mas quiera.

Octavia. Quiero tambien prevenir
á mis papás, mas de modo,
que nuestro plan no se tuerza
y me hagan casar por fuerza.

Cayetano. Claro está, y se pierda todo;
pero usté ama, segun veo,
y es la verdadera causa
de su penar?... (Esta pausa
la descubre como reo.)

Octavia. Sí señor, yo jamás miento,
y aunque amar no es un delito,
oculto en mi pecho el grito
y sé ahogar un sentimiento.

Cayetano. Tal vez ilícito amor
la forzará á enmudecer?

Octavia. No tal; pero soy mujer,
y enmudezco por mi honor:
esta es condicion cruel,
que sobre mi sexo pesa,
y renuncio á ser condesa
por no ser condesa infiel.
No podrá decir cuál siente
su amor el labio infeliz,
pero jamás un desliz
ha de empañar esta frente:
sufro, bien lo sabe Dios,
al renunciar á mi dicha,
mas fuera mayor desdicha
causar la infamia de dos.

Cayetano. (Es honrada, y me interesa
su suerte...) Podré saber
quién es el amado ser
que á usted tanto la embelesa?

Octavia. Dispénseme, es un secreto.

Cayetano. Pero el tal, la corresponde?
Octavia. Ah! no se sabe hasta dónde
llega su amor!
Cayetano. Yo respeto
su silencio; mas quisiera,
sin atender que á su bien,
me diga usted, sino quién,
cuál es su estado, carrera
y demas, porque yo espero
hacer su felicidad
si cabe.
Octavia. Su calidad
es de todo un caballero;
mas no es francés, y mi padre
no querrá de ningun modo...
Cayetano. Hay remedio para todo,
por mucho que á él no le cuadre;
y pues que usted tiene ya
mi proteccion mas completa,
yo discurriré una treta
de salvar... (*Se dirige al foro.*)
Octavia. Qué! usted se va?
Cayetano. Sí; pero vuelvo al momento.
Octavia. Es que yo con este trage...
Cayetano. Es muy breve mi mensage,
espéreme en su aposento.

ESCENA XIII.

OCTAVIA.

No tuve mala eleccion
de hablar á don Cayetano!
y muda de condicion
mi terrible posicion
con un hombre tan humano.
Le conmovieron mis súplicas,
y apenas me vió llorar,
tambien le asomó una lágrima
que en vano quiso ocultar.
Digno padre de quien amo!
es como él, tan generoso!
pero á qué mi pecho inflamo,

ni mas lágrimas derramo,
si renunciar me es forzoso?
Y pues que he de ser la víctima,
sofocaré mi pasion,
pero jamás tendrá término
su amor en mi corazon.

ESCENA XIV.

DON MARTIN. OCTAVIA.

Octavia. (Es él! ahí me ocultaré.
Mi carta leyendo está.)
Martin. Leffiere!... Yo le buscaré,
y como le encuentre, á fé
que este engaño pagará.
Mas qué veo! una señora?...
Octavia. (Cielos!)
Martin. Ah! si me habrá oido?
Acerquémonos... y llora...
se oculta... vaya en buen hora...
tiene un aire parecido...
presiento si será ella...
Octavia...
Octavia. (Oh Dios!)
Martin. Perdon!
fué impulso del corazon.
Octavia. Ah! don Martin...
Martin. (Y qué bella!
No perderé esta ocasion.)
Cese, Octavia, el desconsuelo
y el llanto...
Octavia. (Oh! qué martirio!)
Martin. Pues que ya le plugo al cielo
que se cumpliera mi anhelo.
Ah! la amo á usted con delirio!
Octavia. (Aunque yo fuera de roble!)
Sofoque usté esa pasion;
y pues tiene un pecho noble,
suplico que no redoble
las penas del corazon.
(*Aparecen en el fondo doña Ramona y doña Juliana.*)

Martin. Yo bien sé, Octavia querida,
que estoy bien correspondido;
á qué, pues, negar la vida
á quien la lloró perdida
eternamente?
Octavia. (Qué he oido?)
Debiera tomar á enfado
yo tamaño atrevimiento.
Martin. Leffier me lo ha confiado.
Octavia. Sin duda se ha equivocado
usted en este momento.
Martin. Tal vez, amigo traidor,
abusó de mi amistad;
pero... dudar de mi amor!
Octavia. (Cielos! prestadme valor!)

ESCENA XV.

DICHOS. DOÑA RAMONA. DOÑA JULIANA.

Juliana. Te consta la realidad?
Dudas que fué seducida?
Ya lo has visto, lo has oido.
Ramona. Voces de un doble sentido
se equivocan.
Octavia. (Soy perdida!
Mi madre!)
Martin. (Vano temor.)
Ramona. Julianita, con prudencia.
Juliana. La he de tener en presencia
de tu hijo, del seductor?...
Octavia. Don Martin está inocente.
Juliana. Inocente!... fementido!
despues que te ha seducido...
Martin. (Qué idea tan escelente!)
Está bien; si del tirano
yugo que se la ofrecia
la salvé, y es culpa mia,
ahora le ofrezco mi mano.
Octavia. (Oh! qué generosidad!)
Juliana. Su mano... pues perdió un conde,
yo la he de encerrar en donde

no salga mas.

Ramona. Por piedad!

ESCENA XVI.

DICHOS. DON CAYETANO.

Ramona. Cayetano!

Cayetano. Pues qué pasa?

Juliana. Su hijo de usted! él ha sido
el seductor! me ha perdido!

Octavia. (Mi dolor no tiene tasa!)

Ramona. El mismo lo ha declarado.

Juliana. Todo se descubrió al fin.

Cayetano. Con que fué nuestro Martin?
(Por demas lo he sospechado,
y me hallo puesto en un potro.)

Octavia. No crea usted tal aserto.
No es don Martin.

Cayetano. Eso es cierto,
que Octavia si ama, es á otro;
hace poco me lo ha dicho.

Martin. Será su amante Leffiere?

Cayetano. Muchacho, cómo ha de ser
él mismo? vaya un capricho!
y tu pregunta no entiendo
en vista de lo que pasa:
no vino Octavia á mi casa
contigo?

Juliana. (*A doña Ramona.*) Lo estás oyendo?
Otro cómplice!

Cayetano. Señora!
yo no toco pito en esto.

Juliana. Qué amistad! es un supuesto!

Cayetano. Déjenos en paz ahora.

Juliana. Sí, buena paz me aconseja,
despues que han causado el mal
los dos: son tal para cual.

Cayetano. (No respondo de esta vieja
horripilante y raquítica.)

Juliana. Todo lo perdí por él:
un título! y coronel!...

y yo su madre política!

Cayetano. No querias Francia? toma;
llámame antiguo: ah! demente!

Octavia. Don Martin está inocente.

Cayetano. Mucho, como una paloma:
traerme á casa una mujer
con el nombre de Leffier!

Martin. Con que usted era el amigo?

Octavia. Negarlo ya fuera en vano.

Martin. Y ahora, acepta usted mi mano?

Octavia. Qué mas dicha!

Cayetano. No consigo
el traslucir la verdad.

Octavia. Fácil es. Don Martin quiso
salvarme de un compromiso
por su generosidad,
y pasó por seductor,
por fementido y menguado,
sin jamás haberme hablado.

Martin. A qué no obliga el amor!

Juliana. Ya verá la inobediente
cuál la castigo.

Cayetano. Quimera:
es ahora mi prisionera;
firmé el recibo al agente.

Martin. Pues yo libertarla quiero,
y si usted dá su permiso...

Cayetano. Por mí bien; mas es preciso
obtener otro primero.
Tiene padres...

Martin. Julianita...

Juliana. No quiero escuchar razones!
un coronel de dragones!

Cayetano. (Toda mi sangre se irrita.)

Juliana. Renunciar á ser condesa!
y en Francia! (*Vase furiosa.*)

ESCENA XVII.

DON MARTIN. OCTAVIA. DON CAYETANO. DOÑA RAMONA.

Cayetano. Se despropasa

	sin respetar que es mi casa
	y que se sienta en mi mesa.
Ramona.	Cayetano, cuanto hace
	perdónala, en atencion
	á que siente, y con razon,
	la pérdida de ese enlace.
Cayetano.	No vengas con desatinos:
	acaso Martin no es noble
	y rico? No valen doble
	todos nuestros pergaminos?...
Octavia.	Me pesa, don Cayetano,
	su disgusto.
Cayetano.	No se aflja;
	contémosla como á hija.
	Dénse ustedes esa mano;
	poco me dá no les cuadre.
Martin.	Mas dicha no puede haber!

ESCENA XVIII.

DICHOS. DOÑA JULIANA, *del brazo de* DON NICOLÁS.

Nicolás.	Qué quieres! cómo ha de ser!
Octavia.	(Cielos! ya está aqui mi padre!)
Nicolás.	Dónde está el caballerito
	Leffiere?
Octavia.	(Dios mio! yo muero!)
Juliana.	(No olvides que yo no quiero
	consentir...) (*A don Nicolás.*)
Nicolás.	Lance bonito!
Cayetano.	Se ha convencido usted ya
	de cuanto se ha referido,
	y que su Octavia ha venido
	del brazo con su papá?
Juliana.	Sí; pero esa circunstancia
	á quién no parece un cuento?
Nicolás.	Qué niña! para talento
	y agudeza, solo Francia!
Juliana.	Y tú no la conociste?
Nicolás.	Tal vez ella á mí tampoco.
Cayetano.	(No hay duda, este hombre es un loco.)
Nicolás.	La sorpresa... ahí está el chiste.
	Y qué hemos de hacer, consuegro?

Juliana. Capaz es de consentir...
Nicolás. Don Martin?
Octavia. Papá? (*Arrojándose á él.*)
Nicolás. Me alegro.
Vamos, levántate, Octavia.
Y tú, admítela en tus brazos.
(*A doña Juliana.*)
Se aman? qué mejores lazos?
Solo me has dado una rabia
cuando tu fuga indiscreta;
me acordaré mientras viva.
Octavia. Pues, papá?
Nicolás. De *Casta Diva*,
quién deja la cavaletta
por aprender? Oh! y qué ária!
y qué teatro italiano!
Vámonos, don Cayetano!
Cayetano. Y qué cabeza tan varia!
Juliana. Mucho que es la verdad.
Nicolás. Pues!
Juliana. No sabes lo que has perdido
con el conde consabido!
Un coronel!
Nicolás. Y francés!
pero no te dé cuidado,
que el amigo don Martin,
si bien no es francés, al fin
es bastante afrancesado.
Cayetano. El contraste es de notar,
pues la Octavia es hoy la esposa
de Martin, por una cosa.
Nicolás. Pues?...
Cayetano. Deje usted acabar.
Una circunstancia sola
que al memento la observé
en lo poco que la hablé:
de que es muy buena española.
Octavia. Mucho que sí, con jactancia.
Nicolás. Y pues contentos estamos,
un abrazo, que nos vamos.
Cayetano. Adónde?
Martin. Tan pronto?



Nicolás. ¡A Francia!
Cayetano. Siempre tan chisgaravís.
Nicolás. Desengáñese, mi amigo,
y muy formal se lo digo:
no hay vida como en París.
Cayetano. Cuando esa testa se aquiete,
y quiera ver cuál lo pasa
su niña, tiene una casa
allá en mi pueblo, en Oliete.
Nicolás. Es menester estar loco
para sepultarse allí.
Vamos, esposa.
Juliana. Sí, sí.
Nicolás. Allons. (*Vase tarareando la marsellesa.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DON CAYETANO. DOÑA RAMONA. DON MARTIN. OCTAVIA.

Octavia. Y pues que nos deja así
con su marcha apresurada
papá...
Cayetano. ¿Qué nos falta, dí?
Octavia. No adivina usted...
Cayetano. ¡Ah, sí!
Merecer una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.